

ENTREVISTA CON VICENTE PELECHANO BARBERA

REALIZADA POR
M.^a ISABEL CABEZUDO* Y
ENRIQUE DALMASES**



* Secretaria de la Comisión de Terapia Cognitivo-Conductual.

** Vocal del Area de Salud del C.O.P.-P.V.

El pasado diciembre y con ocasión de su presencia en Valencia para impartir una conferencia en torno a la obra de B. F. Skinner, mantuvimos una extensa entrevista con el profesor Vicente Pelechano, con quien tuvimos oportunidad de pasar revista a algunos temas importantes de la psicología actual, así como a ciertos aspectos y momentos de su trayectoria personal; trayectoria que va íntimamente ligada al desarrollo de la psicología científica de nuestro país, que tiene en el profesor Pelechano uno de sus máximos exponentes.

El doctor Pelechano es pionero de la Modificación de Conducta en España y como bien señala el profesor Carpintero en su «Historia de la Psicología», el primer especialista en la materia, a la que se ha dedicado en todas sus facetas, desde la investigación a la aplicación de programas de intervención, pasando por la docencia.

Creemos que la entrevista que a continuación se transcribe posee un gran valor, el de acercarnos un poco más al perfil humano y profesional de un hombre, del que prácticamente todos los psicólogos en este país hemos leído algún libro, y al que perfectamente se puede aplicar el mismo comentario que él hace sobre Skinner en el transcurso de la entrevista: «Es un punto obligado de referencia y definición». Ante Vicente Pelechano, ante un autor de su importancia, un psicólogo tiene que definirse, sea a favor o en contra. Y eso es patrimonio de «muy pocos».

—Profesor Pelechano, ¿cuál es la tesis general de la conferencia que va a pronunciar titulada «Control y contracontrol en Skinner»?

—Se trata de una exposición de los elementos básicos que caracterizan la teoría de la ciencia en Skinner, de su filosofía de la historia y de la vida y una valoración acerca de lo que todo ello lleva consigo en el mundo social contemporáneo y en la programación social. Junto a eso, naturalmente, denuncia de una serie de contradicciones que todo ello implica.

Ello quiere decir que no se va a entrar en la exposición de elementos técnicos puntuales tales como la contingencia y atinencia del refuerzo, variables y parámetros que modifican su eficacia, etcétera, cuestiones a las que el propio B. F. Skinner, por otra parte, tampoco dedicó mucho tiempo. Me interesa en esta ocasión más bien su idea de la ciencia y de la tecnología. Desde mi punto de vista, esta idea puede denominarse como una suerte de despotismo científico ilustrado en la medida en que las personas deben ser regidas por «su» ciencia (la del profesor Skinner) de la conducta, sin que estas personas puedan tomar parte activa y protagonista en el desarrollo de esa ciencia, en la estipulación de las leyes que rigen su aplicación, en la gesta-

ción de los «sistemas de refuerzo», sino, únicamente, en su «disfrute» y, en todo caso, en su sustentación económica y en el sufrimiento de los efectos no deseados y/o controlados. Pienso que es una teoría que se deriva del empirismo lógico un tanto desfasado, que acentuaba la tecnología frente a la ciencia y promovía un control a ultranza (todo lo dichoso que se quiera, una especie de «otro mundo feliz») del ser humano. Es en este sentido, un hiperdeterminismo ante el que solamente cabrían resquicios no controlados en las respuestas de contracontrol y en los intersticios de la lucha de las distintas instituciones y organizaciones por el control total.

—Y usted, ¿de alguna manera o en algún momento de su trayectoria admitiría para sí el calificativo de «hiperdeterminista»?

—Creo que en algún período de mi vida he defendido el hiperdeterminismo como «norma científica justificativa ideal»; pienso que eran los primeros momentos de mi aprendizaje de la psicología como ciencia y como profesión y defendía una posición rígida como una especie de «justificación» para el desarrollo del conocimiento científico. Yo calificaría esa posición como «hiperdeterminismo desiderativo» ideal.

Sin embargo, hace ya casi dos décadas que defiendo una posi-

ción científica y personal muy alejada de todo ello. Y, creo que, a medida que pasan los años, tiendo a ser menos determinista a nivel científico y personal. Hace ya más de una década que me encuentro defendiendo posiciones similares a la que expresó recientemente Camilo José Cela en El Escorial, rompiendo una lanza en favor de la libertad del individuo frente al Estado y frente a todo tipo de organización-institución social «de obligado cumplimiento». Soy rabiosamente individualista y un tanto anárquico a nivel personal, hasta el punto que reiteradamente se me ha recordado ese individualismo por parte, primero de mis profesores, y después de mis compañeros de profesión.

—El influjo de Skinner sobre la psicología contemporánea es evidente. Profesor, en su opinión, ¿hasta qué punto y cuáles han sido las «líneas maestras» de esa influencia?

—B. F. Skinner ha sido, posiblemente, el autor de mayor trascendencia para la psicología mundial durante el período de 1930 a 1960, aun cuando su obra no ha sido valorada de modo adecuado. Skinner ha sido uno de los pocos psicólogos que ha influido en la mayoría de campos de estudio y especialización profesional, posiblemente debido a su funcionalismo de base.

El aprendizaje, la motivación, la personalidad, la memoria, la atención, el pensamiento, el mundo de la psicología clínica, de la educación, la psicología del trabajo y de las organizaciones, el diseño de culturas, la psicología jurídica y criminal, el estudio de las relaciones internacionales... han sido, entre otros, campos que han recibido una influencia clara del skinnerianismo. Yo diría que es uno de los últimos «generalistas» creadores de un sistema psicológico y su importancia y reconocimiento va a ser mantenido y potenciado en la medida en que el funcionalismo siga rigiendo la mayor parte de nuestra vida. No es fácil que aparezca «otro» Skinner. Es un punto de referencia obligado y hasta un horizonte de definición: un psicólogo tiene que definirse ante Skinner, bien a favor o en contra.

Por otra parte, tal vez haya sido el psicólogo que ha defendido, más que ningún otro, las aplicaciones que se derivan de la psicología en el mundo social de forma que siendo coherentes con su forma de ver las cosas, aquello que no ofreciera una utilidad debería, *eo ipso* ser desechado; lo que, lógicamente, plantea ventajas e inconvenientes. Personalmente, pienso que hay cosas que no cotizan en bolsa y que son muy valiosas y que el criterio de utilidad, o se replantea esencialmente desde

perspectivas filogenéticas y humanistas (con lo que pierde el sentido que posee en el lenguaje cotidiano) o debería ser tomado con algo de cautela.

—Y al hilo de lo que acaba de señalar ¿no cree, profesor, que la muerte de Skinner, de un autor de su relevancia, ha tenido escaso eco y ha pasado un tanto desapercibida?

—Sí y no, claro, depende del punto de vista. Comparada con la muerte de J. B. Watson, la de Skinner ha tenido, al menos en España, muchísima publicidad: al día siguiente de su muerte aparecieron en dos o tres periódicos de ámbito estatal artículos de fondo y opiniones sobre Skinner, toda vez que a finales de los cincuenta, la desaparición de Watson pasó totalmente desapercibida. Además, aquí, y organizadas por el Colegio Oficial de Psicólogos del País Valenciano, se están desarrollando un conjunto de actividades en homenaje a Skinner. También en Granada, en junio de 1991, se impartieron una serie de conferencias conmemorativas. El caso es, sin embargo, que para una figura de la talla de Skinner, estos homenajes pienso que no son suficientes. Posiblemente porque la tónica oficial de la psicología española no ha sido especialmente sensible al skinnerianismo y los aires que corren van, más bien, en sentido contrario.

—Usted es uno de los pioneros de la terapia de conducta en España y posiblemente uno de sus más claros exponentes. Además, como fundador y director de la revista «Análisis y modificación de conducta», es conocedor de los cambios que se han ido experimentando. ¿Cómo ve el panorama actual de la modificación de conducta?

—Pienso que es de una complejidad enorme. Por decir algo muy genérico, creo que ha tenido que dejar atrás una serie de supuestos y elementos que se consideraban «básicos». Se ha hecho «cognitiva» (como califi-



cativo, al margen de la significación concreta del calificativo que no es uniforme) de tal modo que, hoy en día, es difícil encontrar modificadores de conducta que se confiesen públicamente «conductistas». Además, se observa una decidida apertura hacia lo social, de forma que la modificación de conducta ha dejado de ser exclusivamente el estudio de los problemas tradicionales de la clínica psicológica para convertirse, parte, en medicina comportamental y parte, en psicología de la salud, sobre todo a nivel de programas de prevención y de intervención.

A todo ello hay que añadir el abandono de supuestos elementalistas y atomistas. Afirmaciones wittgensteinianas como aquella de que «Una cosa puede ocurrir o no ocurrir y todo el resto permanece igual» son imposibles de sostener en la actualidad. La intervención en un sistema de conducta suele llevar aparejados una serie de cambios en otro u otros que hay que tomar en consideración.

Y, para no alargar más este punto, en la actualidad ya no se piensa que la modificación de

conducta es «la» única opción eficaz, como se pretendía en un principio. Ha pasado a ser una de las opciones posibles. Opción, por otra parte, importante y con futuro, pero opción entre otras y no la única posible.

—Al igual que ha tenido lugar esa evolución en la modificación de conducta, en sus artículos y trabajos también parece apreciarse una evolución personal...

—Creo que sí. Yo soy consciente, sólo en parte, de mi propia evolución. Otra cosa es que la evolución haya sido positiva y eso depende de la óptica desde la cual se observe. En los últimos años estoy volviendo a uno de mis «orígenes científicos» de psicología de la personalidad y, en esta especialidad hay una escuela que viene a defender algo, por otra parte de sentido común: «Cuando alguien habla de sí mismo, tiende a hablar de lo que ha hecho de positivo; lo negativo ya lo dirán los demás», de modo que no voy a traicionar ese credo. También he de decir que no me encuentro a gusto hablando de mí mismo.

De todas formas debo haber evolucionado porque sigo vivo.

En bloque, pienso que soy más escéptico, un poco más cínico, más tolerante, posiblemente más tolerante con las personas que forman mi equipo de investigación y menos tolerante para conmigo mismo.

—Entonces, si tuviera que definir su posicionamiento dentro de la psicología actual, ¿dónde se ubicaría usted en estos momentos?

—Digamos, por emplear una expresión novedosa, que soy «parametrista» o defensor y propulsor de un modelo de parámetros en psicología y en eso creo que no he cambiado a nivel de rótulo desde comienzos de los setenta. Lo que he hecho es complicar el modelo, enriquecerlo a medida que iba recogiendo datos. Esencialmente se trata de insistir en el análisis objetivo de los fenómenos psicológicos disminuyendo la importancia de los procesos e introduciéndolos cuando los fenómenos no puedan ser interpretados mediante el control y análisis de las situaciones de estudio. Los procesos psicológicos deberían ser situados o bien antes o bien después

de los parámetros (y pienso que después, para evitar la hipertrofia de procesos a la que estamos asistiendo). El ser humano se entiende como un conjunto complejo de sistemas funcionales, susceptibles de ser estudiados experimentalmente y con niveles distintos de generalización. Este modelo de parámetros, enriquecido tras más de 20 años de investigación, forma parte nuclear de los distintos proyectos que estamos desarrollando en los últimos años; proyectos, por otra parte, que son bastante distintos entre sí y cubren especialidades un tanto alejadas entre sí a nivel académico (desde la entrada de las especialidades y áreas de conocimiento).

Si tuviese que ofrecer una imagen rápida sobre mi evolución pienso que iría en la siguiente dirección: desde una concepción de parámetros elementalista y de laboratorio (incluso fisicalista) que estuvo presente en el libro de 1973 se ha pasado a una conceptualización mucho más ambiciosa de parámetros en la que caben los valores y la psicohistoria. Entre 1968 y fin de 1991 hay poco más de dos docenas de libros y unos doscientos artículos, con formulaciones de contenido cada vez más sociocultural, tratando de poner en su sitio los resultados de laboratorio. Ha existido una preocupación creciente por temas de ámbito comunitario: marginación social, integración de discapacitados, delincuencia, enfermedad crónica, temas educativos de fracaso escolar, conformación histórica de la personalidad del español, estudio e intervención psicológica con ancianos y, en fin, un intento por pergeñar la evolución de estructuras psicológicas a lo largo de todo el ciclo vital.

En este momento, parece que ya no estamos solos en esa empresa de reformulación de parámetros y ya existen intentos por aplicar el modelo a la psicopatología e incluso a un intento de clasificación de problemas y de técnicas de análisis en el caso de la psicopatología del lenguaje.

Por otro lado, la labor de creación de instrumentos llevada a cabo en ese período posiblemente se va a ir publicando en los próximos años, lo que permitirá una mayor capacidad de contrastación y revalidación de resultados.

—Usted tiene una dilatada experiencia de trabajo en muchos de esos campos de investigación, susceptibles de una clara aplicación social. ¿En qué medida se están realmente implantando a nivel comunitario?

—El problema de la implantación social de los resultados es una especialidad psicológica poco estudiada y que apenas está siendo cultivada en nuestro país. Casi me atrevería a decir que la implantación de resultados psicológicos es más lenta que el descubrimiento de los mismos. Mi experiencia personal es que cuando comenzamos a trabajar en Valencia en psicología comunitaria, la implantación de parte, al menos, de esos modelos costó entre 8 y 10 años y la consolidación... posiblemente no se haya logrado ni se logre nunca jamás (lo que es, a la vez bueno porque significa evolución y malo porque no hay forma de contrastaciones finas y depuradas). Otras cosas que se han hecho no han llegado a ese nivel. Supongo que lo que estoy haciendo ahora, si llama la atención de los profesionales o hay posibilidades, probablemente tarde 8 ó 10 años más en ser aplicado. A modo de ejemplo, el período requerido para que la psicología del aprendizaje pasara de ser una materia de relleno a ocupar un lugar relevante en la formación del psicólogo fue tarea de muchas personas y requirió 10 años; la psicología de la personalidad, en la Facultad de Valencia, todavía ahora es una materia optativa y cuatrimestral, aunque espero que, gracias a los profesores que están aquí, deje pronto la optatividad. La primera respuesta de la comunidad universitaria y profesional valenciana de psicólogos ante la psicopatología ex-

perimental y la modificación de conducta en 1977 fue de franco rechazo y, después de 10 años, parece que algo sustancial ha cambiado al respecto.

En lenguaje coloquial y de ventas: para implantar algo, previamente debe «empaquetarse» y, luego, «venderse». Y no se empaqueta y vende por igual un cigarro habano, una medida administrativa, un programa de intervención orientado a disminuir el fracaso escolar, un programa de prevención de alteraciones cardiovasculares que un modelo teórico. La implantación es un proceso lento y difícil, que exige una infraestructura científica sólida (lo que es posible que hayamos tenido los distintos equipos con los que he trabajado) y una superestructura de poder y distribución (que yo no he tenido nunca). Y, a la vez, la psicología de la implantación de resultados, pese a haberme ocupado unos años, no forma parte del currículum universitario del psicólogo, lo que puede contabilizarse como uno de mis fracasos académicos. En todo caso, pienso que algo se ha hecho y, a lo mejor, podría aplicarse aquí un viejo refrán: «Cuando el río no hace ruido, o no lleva agua, o va crecido».

—Entonces, ¿no es objetivo del científico la implantación de dichos programas?

—Yo no tengo del todo clara cuál es la misión del científico; cada vez soy menos ambicioso o le pido menos al científico... o tal vez me pido menos a mí mismo como implantador. Pienso que deben existir científicos que se ocupen precisamente de todo ello y debe existir un decidido apoyo institucional y político para la implantación de algo distinto a lo que se tiene. De hecho, parece que en estos años y en los venideros asistimos a una gran estrategia de implantación auspiciada por el gobierno español para el diseño curricular universitario, plan educativo desde los primeros años y refundición de papeles profesionales, tareas en las que afortunadamente nada tengo que ver.

Personalmente, me he dedicado a implantar y contrastar la viabilidad y eficacia de algunos modelos de intervención comunitarios durante cinco años y funcionó, pero entiendo que no es mi ocupación fundamental. Tal y como he dicho antes, la implantación de los programas o modelos depende de otro tipo de variables tales como voluntades políticas, existencia de subvenciones concretas para ello y planes a medio y largo plazo, etcétera.

Lo que sí puedo señalar, basándome en mi experiencia personal, es que hasta en este país (a veces, y con mucho sacrificio) se pueden implantar modelos de intervención y planes de actuación, siempre y cuando sean los propios creadores de los modelos y/o programas los que estén comprometidos en estos procesos. El poder político debería promover esta forma de proceder, porque si son «otros» los que se encargan de la implantación social de los resultados y modelos científicos, entonces se puede implantar «otra cosa», pero no el programa original.

—Y profesor, ¿hay todavía algún campo de investigación que suscite su interés y en el que no haya trabajado?

—Realmente son muchas más las cosas que me han interesado y no he hecho, que las que he tenido oportunidad de hacer. Las inquietudes son muchas, como son muchas las ideas; pero las posibilidades económicas y de personal no han acompañado. A modo de ejemplo, les relataré algunas de las cosas que me están preocupando en los últimos tiempos y que, me temo que no voy a poder terminar como quisiera.

Algo que iniciamos hace unos años y cuyos primeros resultados presenté aquí en Valencia como motivo del II Congreso del Colegio Oficial de Psicólogos es la investigación sobre los refranes. Ahora que tanto se habla de la «integración» con Europa y la CEE, uno de los te-

mas que me interesa es especificar, si los hay, los invariantes de personalidad del español y, a partir de aquí, determinar en qué se diferencia o asemeja al francés, danés, inglés, etcétera, porque creo que el modelo de Europa que se pretende crear debería respetar al máximo la especificidad y la individualidad no solamente «nacional» sino asimismo de las distintas culturas dentro de cada estado. O dicho de otra forma, se trataría de fomentar la convivencia pacífica entre los europeos, respetando y hasta promoviendo el cultivo de la diversificación cultural, que

tiempo para desbrozarlo y perfeccionar algunas cosas.

Otra idea que me atrae es lo que está pasando con el «síndrome fin de siglo y fin de milenio». Estudiar cuáles son los determinantes de los movimientos fanáticos y el preocupante crecimiento de las sectas, la aparición de los nuevos «salvadores de la humanidad» y la dinámica y determinantes psicológicos de los mismos. Otro apunte en el que estamos colaborando con profesores de la Universidad de Valencia, pero que difícilmente puede ser terminado sin apoyo institucional decidido.

falta por estudiar el papel y apoyo que hay que dar a las familias con uno o más miembros sufriendo de enfermedad crónica (lo que, por otra parte, es ya habitual), así como programas de intervención concreta.

En estrecha conexión con esto me interesa asimismo estudiar lo que ocurre con el concepto y la realidad social de la familia. ¿Se diluye? ¿Hacia dónde va a transformarse? ¿Cómo se integra con el cambio del mercado de trabajo y de los movimientos de reivindicaciones feministas y machistas? Si hasta el modelo de familia social ha muerto, ¿qué

rio... Junto a ello, la psicología aeroespacial, el diseño de culturas, la formulación de una psicología comunitaria para clases medias... Como ven, hay muchas más cosas por hacer que cosas hechas.

Y, en fin, algunos amigos y compañeros me han lanzado el reto de escribir en unas 300 páginas lo que pienso de la psicología, el modelo de parámetros y que se entienda en una primera lectura.

—Se ha referido usted antes a la psicología de la salud, un área de intervención prometedora, pero muy joven todavía, con apenas 10 años de historia. ¿Qué perspectivas de futuro le augura?

—Pienso que tiene más futuro que presente. Hace unos años, Seymour Rachman, en tono un tanto socarrón, escribía algo así como que la psicología de la salud ha sido de gran utilidad para los psicólogos de la salud, lo que no está tan claro es que haya sido de utilidad para los enfermos. Con ello querría decir, como otros muchos han insistido en ello, que se trata de un campo de estudio que debe mejorar y modificarse sustancialmente si quiere alcanzar otras cotas que las testimoniales. Debe modificarse desde los modelos básicos, el currículum de formación, metodología de análisis, unidades a emplear y maneras de pensar con relación a la salud y la psicología. En suma, la psicología debe mostrar su eficacia y competencia. Se trata de una especialización muy dura, tal vez bastante más que la clínica convencional y supone un reto para el psicólogo. Y para esta nueva especialidad no valen mucho los modelos con los que se maneja usualmente el psicólogo.

—En esta área, ¿considera que el tipo de intervención debería ser más integral, incluyendo como núcleo básico un enfoque familiar?

—Hace ya algunos años que vengo señalando que en problemas complejos, son preferibles



es algo connatural con la propia idea de Europa. En este sentido, el estudio empírico de los refranes ofrece la posibilidad de ir decantando tradiciones de pensamiento y de creencias que diferencian entre las distintas culturas presentes en Europa. Y algo de eso ya hemos empezado a hacer, así como el estudio de la consolidación y constitución histórica de la personalidad básica española en el apartado de las creencias sobre las relaciones interpersonales. El camino, con todo, es muy largo y apenas hay

Un tema dentro del área de la salud que me interesa es lo que está ocurriendo con el sufrimiento humano asociado con las enfermedades crónicas y el papel que las familias desempeñan en ello. Apenas hemos entrado en el estudio de la psicología diferencial del enfermo crónico más allá de las «personalidades del abecedario», las estrategias de afrontamiento de situaciones y las aptitudes de personalidad que tenemos para enfrentarnos a esas enfermedades crónicas. Asimismo

va a pasar y qué está pasando a nivel de funcionamiento personal?

Quedan muchas otras cosas: un test de reacción a la frustración a base de figuras de cómics, diferenciación y estructura de la inteligencia social (tema en el que apenas hemos entrado con un libro y media docena de publicaciones), estudio de bases biológicas con telemetría con el fin de poder evaluar comportamientos y reacciones ante situaciones muy estructuradas fuera de la artificiosidad del laborato-

los tipos de acercamientos que podríamos denominar «contextuales» en el sentido de que se tomen en consideración los principales tipos de problemas que aparecen en un ámbito dado y se propongan programas complejos y estructurados, dirigidos a las complejidades que se está intentando estudiar y aliviar. Este acercamiento contextual no debe identificarse con un eclecticismo ni con una posición en la que es mejor cuantas más cosas se empleen. Se trata de perfilar modelos de intervención, programas e instrumentación que cubran áreas relevantes y que muestren su eficacia diferencial y/o sean susceptibles de análisis pormenorizado de elementos dentro del «todo» aplicado. El establecimiento de relaciones funcionales, en este caso, no sigue una lógica de aplicación univariada, sino multivariada, con procedimientos de análisis un tanto más finos que los usuales.

Así, por ejemplo, el estudio de las relaciones entre estrés y enfermedad se ha polarizado mayoritariamente en los últimos 20 años en dos tipos de instrumentación. Por un lado, el cuestionario sobre sucesos vitales estresantes de Holmes y Rahe y,

por otro, en los cuestionarios sobre habilidades de afrontamiento. En ambos casos se trata de instrumentación de fácil aplicación y que ofrece un cierto volumen de información pero que ignora el estudio de la génesis de la relación postulada, así como la plurideterminación causal de las reacciones ante las situaciones estresantes por lo que los resultados han sido, en gran parte, contradictorios. Lo que ignoran estos instrumentos resulta mucho más relevante que lo que revelan. La psicología de la salud posee graves problemas metodológicos y de conceptualización ante los que tiene que ir dando soluciones nuevas y, en todo caso, ajustadas a las exigencias de los problemas que trata. La incardinación de todos estos aspectos en el cuerpo general de conocimientos y teorías psicológicas en general y de la personalidad en particular se presenta como un objetivo de indudable interés.

—Y ya para finalizar. Usted organizó hace diez años, en 1981, la I Reunión Internacional de Psicología Científica «Psicología y procesos de socialización». En aquella ocasión, verdaderamente única, consiguió reunir en nuestro país a autores

de la talla de Eysenck, Wolpe, Cautela, Meichenbaum, Mahoney, Pinillos, Rodríguez Delgado y así hasta completar un largo etcétera. Profesor, ¿para cuándo una segunda reunión de esas características?

—La verdad es que en aquella ocasión conté con un equipo de amigos y colaboradores irrepetible: Carpintero, Seoane, Rodríguez Marín, Peiró, Silva... y tantos otros. Sin un grupo de 20 a 30 personas que mostraron una enorme motivación y capacidad aquello no hubiese sido posible. Y hay que recordar que comenzó al día siguiente de la toma del Parlamento por parte de Tejero.

En aquella ocasión se encontraron tres generaciones: fundadores de la terapia de conducta, reformadores de primera generación y nuevos paladines que ya se han convertido en «viejos». Hacer algo como aquello es posible... ¿por qué no lo hacen ustedes con más juventud y empuje? Por mi forma de ser, veo difícil que pueda repetir algo parecido. En más de una ocasión he tenido la tentación de ofrecer algo distinto, un congreso «estratificado» por niveles profesionales y/o de compromiso con un determinado proble-

ma. La verdad es que, en estos momentos, en Tenerife no existe un palacio de congresos y exposiciones y no tenemos ni siquiera la infraestructura necesaria para acometer empresas de esa magnitud. En el 81 la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia prestó el local y nos dio ánimos y ayudas de todo tipo. Pienso que se puede hacer algo distinto a nivel europeo y, de hecho, algunas sugerencias hemos recibido al respecto.

De todas formas, pienso que hay que dejar el paso a la juventud, ¿por qué no lo hacen ustedes? Les aseguro que me apuntaría como un asistente más y lo recomendaría a todos los profesionales que conozco.

—Posiblemente nos hace falta parte de su experiencia. Por ahora confiamos que prospere el proyecto de congreso en Canarias y que allí nos reunamos todos.

Profesor, ha sido para nosotros un honor tener la oportunidad de entrevistarle. Gracias por su amabilidad y por dedicarnos una considerable parte de su tiempo.

—Gracias a ustedes. Y hasta cuando quieran.

